

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Hoy domingo 9 de marzo del turbulento año que corre, la mañana es gris. Las nubes bajas y el neblhumo (preferible a smog), cubren el sol. El paisaje citadino, por lo tanto, hace que se incurra en la melancolía mientras que el Réquiem de Fauré, en el estropeado gramófono (mejor que modular), reitera con dulzura infinita los quizás no muy lejanos goces del paraíso.

Un rayo de sol de pronto rompe el cerrado impedimento de nubes de todo jaez, entra por la ventana, convierte en tintineantes ocres lo que fueran patosos grises; pero la melancolía, sin embargo, no cede. Bajo los efectos de este ánimo, proseguimos produciendo, querido lector, estas penumbrosas palabras, teñidas sobre todo por matices que no se atreven a rozar la oscuridad (la colorística, que la mental sí) por temor a producir la negrura y eso si no, dilecto, porque ni tú ni nosotros estamos para llevarle las contras a la alegría.

Y para no llevárselas, como un Garrick cualquiera (remember, Juan de Dios Peza), convertimos el llanto en carcajadas. En efecto, suplimos el Réquiem de Fauré por Payasos de Leon-Cavallo, en la parte de Vesti lagiubba, el aria con la cual el gran Carusso dejó pasmados a todos los públicos que tuvieron la suerte de escucharlo. La carcajada que lanza al final es inolvidable porque se trata de la risa justa de quien muele sus penas amargas a fin de extraer de ellas las agridulces alegrías. Hay otras risas, vaya de ejemplo la de Rabelais, pero esa es para ser lanzada el día del juicio Final, al instante de escucharse el trompetazo de San Gabriel, quien esperamos se informe para dicha misión en Amstrong, el inolvidable negro de Alabama. Registramos asimismo la risa siniestra de Mefistófeles (recuerda a Arrigo Boito), producida bajo las arcadas de un templo, en tanto que la desdichada Margarita pide se le exculpe del pecado de amor. Con esta aria no han tenido igual ni Chaliapin, ni Boris Christov, ni Ivan Petrov, ni Giaurov.

Pero también funciona por ahí, hacia fines de año, otra risa siniestramente transnacional, es la de Santa Claus. Este la lanza de manera cordial en seguida de leer las cartas que le envían los niños pobres de Contadora, pidiéndole un solo juguete que se llama Paz. Así a secas, Paz.

En fin, lector querido, en vez de cosas tristes, deseamos charlar contigo acerca de asuntos que conlleven la luz del sol que hoy, domingo entrado en grises maculantes, el progreso irresistible pero sucio nos niega. Quizá te alegre saber que los coros de Fauré al producir los de licados pianos asentados en la sección blanca, se ven interferidos por la voz de un cantante, quien destinado en el departamento vecino al mío a subirle el espíritu a una persona amante de las tradiciones populares, confiesa que “Anda volando bajo. - “ y otras cosas tan excesivas por su carga emotiva que ni siquiera eso que los pulquérrimos llaman tequila, podría desvanecer hasta dejarlas en los puntos del sosiego y la templanza.

Entonces piensa uno que se reputa atento a cuanto ocurre a SU lado y de saber traducirlo a palabras cercanas a una sociología de la cultura, que en gustos se rompen géneros. Y lo dices por pura envidia, lector paciente, debido a que el vecino para producir la música que le acaricia el alma echa mano de un aparato de sonido que se acerca al medio millón mientras tú, armado de tu Fauré y otros músicos del mismo nivel, utilizas tu antiguo aparato, el cual un día supo reproducir con claridad a los grandes maestros, al contrario de lo que perpetra hoy porque en vez de enunciarlos, frasearlos y pronunciarlos, los gargarea. Pese a la envidia no piensas mal del vecino, ni de su señora ni de los amigos con quienes departe con alegría, y quienes, todos juntos, piensan que estás loco tocando música que anuncia el cielo siendo las cosas que nadie va a él, ni siquiera la clase obrera como quería Wajda o no sé quién.

Las reflexiones de día domingo devienen siempre rencorosas, porque los días domingos más bien son para ser dedicados al mar, a ver cómo éste está siempre empezándose, lo cual dispersa las malas ideas porque la eternidad marina es algo que no termina, ello debido a que no acaba de empezarse. ¿O no será que la eternidad no es cosa situada más allá de su principio? Con sólo esta reflexión te pasas todos los años que contiene un día domingo. Y no es poesía, como lo quieren personas que lo reducen todo a lo definitivo y a lo

probable. No el caso del principio infinito del mar en tanto traducción a números realizados en la más alta abstracción del pensamiento atildado en signos, y estos refluendo en los términos de la conjetura, porque se entiende que el mar es un espacio de menos tiempo es igual a todas sus olas ya vengan o vayan. Y las olas en un espacio de más tiempo es igual a las gotas que las forman: partes de una estructura actuante en una interacción que entienden la sublimidad de la ciencia y lo pedestre de la poesía. ¿Nos entendemos?

No dejes domingo vivo, pues, marcha al mar llevándote a ti mismo en calidad de libro y de lector. Sitúate con ellos en la playa más solitaria, contéplale remoto, y empieza a medir la intensidad de las olas, de las ondas, de sus arribos tercios (corno un dolor de alma) a las arenas, confía en ti y leo en el libro que portas cuál es el papel de la espuma. ¿Condición cualitativa de la materialización ondulante del agua, o simple producto estrictamente formalista, es decir: la espuma es la ola misma sin más diferenciaciones que cambiar el aspecto? Empieza en elaborar una suerte de introducción al método que te llevará al discurso de cómo contemplar el mar en día domingo. Tú solo no podrías, necesitas del libro que portas, del lector que te asiste, del redactor que te impulsa. No sabría decir cómo has de hacerlo, pero la verdad es que (lo seguro) al regresar a la ciudad un lunes impersonal, tu aparato de sonido se ha mejorado de manera notable: muestra agilidad a trueque del reumatismo que lo afligía. El vecino te habrá dejado a tu puerta un disco con canciones rancheras de nuevo cuño mientras que su aparato, el gramófono del medio millón de pesos, lanza por todas sus cuadrifónicas bocinas las voces purísimas de los coros que constituyen olas en el mar sin límites escritos por Faurá, el Réquiem.

Todo te sonrío entonces. Las gasas nefandas que amortajan a la ciudad a fin de convertirla en momia viva, aflojan sus ataduras y tú caminas con soltura, sabedor de que nada puede con los domingos pasados a la orilla de la mar, a la vista del sol, del horizonte, de una blanca nube curiosa, de una gaviota detenida para siempre en el viento. El recuerdo del prodigio es un concha no mayor que una avellana, blanca, estriada de gris por fuera y pudorosamente sonsosada por dentro, vale decir, con el amanecer perpetuo de la primera mañana que iluminó al mundo.

¿Te ocurre a ti lector, que antes de partir a tus quehaceres marcas un número telefónico con la esperanza de que te responda el enigma, tal vez la voz femenina en la cual centra sus poderes indescifrables la Sibila de Cumas? Si no lo has hecho, pruébalo. Abímate en el pozo de lo imposible y verás cómo immortalizas el espíritu que aún conservas del domingo no gozado junto al mar y en cambio padecido a la vera de la mañana gris con defernies ojos.

La verdad es que si estás en aptitud de hacerlo partes a tus labores como el jibarito, dicho en otras palabras, símbolo del himno nacional de Puerto Rico. Partes Heno de contento, etc., etc., y he aquí que sin saber cómo ni cuándo te hallas frente a un amable grupo de personas que leen poesías y te preguntan, por ejemplo, qué es imagen y qué no es metáfora; y tú, sometido a los flujos de la lucidez, dices lo que sabes, lo que piensas, lo que imaginas.

De pronto una muchacha con fonética quizá primitiva lee unas líneas merced a las cuales hace un llamado al amante, pero en términos que sin tú quererlo coliges la presencia de la reina de Saba requiriendo a Salomón, o al revés, merced al espejo dispuesto por el amor cuando se trata de palabras amantes, las cuales no sabe uno a quién corresponden. Y esa muchacha explica que sí, que ha leído el Cantar de los Cantares en traducción de Fray Luis de León y que le impresionó mucho, y que, por lo mismo, ella piensa las cosas del amor en términos de cervatillos, miel, mirra, leche y otras preciosidades que de tan achacosas siempre están esperándonos en el tiempo inmediato, mediato, remoto. Se trata de un taller de creación poética y tú, burla burlando, eres el coordinador. Tus oficios estriban en hablar de todo, menos de poesía, porque al momento de hacerlo empatizas el ministerio con el placer y al ocurrir esto entonces entregas malas cuentas porque pierdes lo que se dice objetividad, precisión al aspirar a establecer con claridad el cuadro crítico que empieza en la manera misma de leer sus producciones el dicente en turno y se sigue con cuestiones particulares de ciertos tiquismiquis métricos, estróficos, de gusto, de estilística, de simple gramática, de proliferación de términos semánticos, de la polisemia como posibilidad de precipitar el caos en el cuenco de una copa. Todo eso lo tratas viendo cómo sí es posible que con buena voluntad y estilo alto pasen todos los camellos por el ojo de la aguja de la fábula. Pasan desde luego los camellos propios de la caravana del poeta humilde, que no sabe lo que sabe y menos comprende lo que hace. Ahí está pues, que el ojo de la aguja no es el ojo de

la aguja que conoces, si no es el ojo del Aleph que reúne en su extrema pequeñez la dilatación del universo. ¿Qué esto no es posible? Borges nos lo muestra en el pequeño cuento que responde al nombre Aleph. Nos dice que un poro es toda la piel. Y el Aleph es el poro de la piel que envuelve el infinito.

Otro joven briosamente resentido contra todo lo que sea halago y tranquilidad, viene de Netzahualcōyotl, se indigna porque en las sesiones de taller se da cabida inmoderada al “amor chauvinista”, en tanto que el amor real, el que excluye signos y símbolos rebuscados para realizarse es dejado a un lado. Y el amor para él es saber rascarse con las propias uñas, sin ayuda de nadie, ello debido a la amenaza siempre latente de la policía destinada a la represión, a la falta de diálogo con quienes ejercen el poder y no saben más que endulzar palabras cuyo significado es la vaguedad y el olvido. Tú has escuchado a muchos, muchísimos personajes como Antonio -así se llama el personaje del caso-, quien ordena en andanada proficua los mandarriazos contra la vida y sus puntapiés. Todo cuanto dice es rasposo, grueso, corrosivo en grados de hacer sangrarle las hemorroides espirituales al más pintado. Sus compañeros de taller, tú mismo lector inteligente, comprendes cuán falso -es el aserto de que vivimos el mejor de los mundos posibles. Y sin embargo en la protesta poética de este fiero descubres que tu corazón sobrecargado de spleen tiene salvación todavía, que el mar de las reivindicaciones contemplado en domingo, incluye en sus olas otra: la palabra expresada como liberación sin segundo.

En otra ocasión has escuchado a Andrea, espigada, bella, sonriente, elegante. La existencia le ha puesto sitio, la agobia de soledad y recuerdos destinados a amores insepultos. Sabe producir coherencia en su discurso. Aquí la invocación, allá la exhortación, más acá el trono, hasta los clímax y anticlímax de la exposición propiamente dicha, destinada a Probar que las palabras son más que ellas mismas; si nostalgia poder entonces contra la tristeza; si tristeza sutilización de sentimientos secundarios que podrían distraer de lágrimas fuentes, advenidas sin más llamamiento que la necesidad de ser vertidas. Todo dicho con sintaxis, la misma que la poesía repele por abusona. Sus compañeros, sobre todo Alfonso, quien en sí mismo es mitología de la paz y la tolerancia, encuentra en la poesía ya andreizada mundos cerrados, despliegue de habilidades contraídas a fuerza de vivir expuestas al mundo de la música.

Siguen en turno Alfredo, Vicente, Heda, Magali y muchos más llamados a mostrar sin ambages ya sus simpatías, ya sus diferencias. Y éstas pueden brotar a la vista de un “que” ocioso, eliminable o de una palabra, cualquiera, cuya función no es todo lo enfática del caso, o, si se quiere, lo es en demasía al grado de hacerse obvia, o tautológica como tú, querido lector, no te abstendrías de decir remitido a la necesidad de sacar palabras poco usuales. Araceli ama los metros breves y sugerentes, ha aprendido a localizar dónde le duele la palabra a los objetos nombrados; su capacidad de comunicar los estados effíticos de dos seres abandonados a su suerte, es eficaz. No recurre como solemos hacerlo muchos a una suerte de perífrasis dilatada, creadora del clímax en un primer momento de introducción empatizante; no, ella va al grano y la perífrasis más bien queda diluida en el texto, su vuelo, su esculpir la realidad interferida por lo poético y no al revés. Los tertuleanos se entusiasman, porque alguien nombra objetos que ni tú ni yo hemos previsto en el camino andado a lo largo de los años de ser marqueses sin haber aprendido a mover el abanico; pero eso sí, sin compasión llamamos la atención sobre más de una rima interna, sobre un participio innecesario y al momento en que más de uno de tu poblado taller se lanza sobre la autora porque incurrió en el uso de más de un gerundio, tú lanzas un rollazo acerca de qué es y cómo debe usarse el gerundio. Todos, claro, te escuchan con suma de interés y convienen contigo que lo que es moderación al ser usado produce agrado, y lo que se allega al abuso, por el exceso, produce enfado. Tal vez cites a Hermosilla, a Luzán, y otros reumáticos preceptivistas del pasado.

A Gilberto lo escuchas decir sus poesías con cierta lejanía. Te percatas cuánto lo acucia el deseo de hallarse en las palabras, cuánto sacude la memoria para apartarse de ella y compensar dichas miniamputaciones con el hallazgo de la naturaleza en estado primario. Impera el horror a la civilización, verdugo de lo edénico y lo dionisiaco. Cantarle a un árbol en su medio y no en su abominable evolución de triplay, conleva eterno retorno a la naturaleza, a espaldas del progreso cuya función actual es suplantar a la civilización inexistente, a no ser en su forma de discurso breve o dilatado, pero de todas maneras producto del mentalismo y no del cerebro. Tú, amigo nuestro, lo juro por las Siete Cabritas y Abdebarán, gozarías lo infinito oyendo a Gilberto, Alfredo, José Manuel, Adriana, Magali, y muchos más. Ellos, antes de entrar en el recinto del

taller (el espacio de la Galería la Ciudadela, a cargo del ISSSTE), han pagado una cierta cantidad de dinero a título de derecho de admisión. Al momento de hacerlo han depuesto, también, todo espíritu vecino a la soberbia y la envidia. Sus rostros respiran inocencia, créemelo, ninguno es más que el otro así piense en sueños abrumados de citas cuanto se emparentan sus versos con los epinicios de Píndaro en traducción al castellano de Ipano Acaico.

Verlos y pensar en don Quijote sito frente a los cabreros diciendo su famosísimo discurso acerca de la Edad Dorada, cuando “lo tuyo era mío y lo mío tuyo”, sin diferenciaciones de clase, y, lo más importante, sin sapiendosos teóricos político-sociales siempre dispuestos a echarle a perder el gusto. Tú, si tal es tu deseo, puedes encarnar a don Quijote en virtud de que el discurso tan conmocionantemente subversivo sale de tus labios si no textual sí cercano a su literalidad. Todo lo podrás hacer, menos parecerte al Caballero de la Triste Figura por la mala mediación de las circunstancias al revelar cómo tus kilos de peso, excesivos, no suscriben lo magro.

De pronto una chica de sonrisa inexistente, pero no con la probabilidad de Producirse en el momento más inesperado, pregunta- “Quiero saber qué es poesía.” Tú, entonces, posesionado de tu papel becquereano, recibes en los ojos la fuerza luminosa de su pupila azul y respondes: “Poesía eres tú.” El efecto inmediato no mpica novedades, sino decepción. Ella, como todos los presentes, ya se sabían el cuento, así que tú debes desandar los pasos y decir cuánto te gusta profesar esta clase de bromas inocentes, pero que a continuación vas a expresar lo que piensas sobre el asunto.

Te despachas con la cuchara grande. No abusas de citas ni definiciones poco más o menos operantes. Tu carga suasoria descansa en expresar que hay dos naturalezas: la objetiva y la subjetiva. Que la primera es un texto abierto e igual a todos, pero que al ser tomada en sus diversos elementos se transforma con los tamaños de los sentidos que la abordan y con los contenidos de la conciencia que la sustancia. De inmediato dices aquello de que la naturaleza hace el árbol y el poeta el armario. La poesía, pues, expresas queridísimo lector, es el comportamiento de traducir la realidad de la naturaleza a otra, la poesía. En efecto, añadirás, ésta funciona a título de adjetivación constante que modifica la substancia. La naturaleza sin poesía permanecería igual, sin mutaciones, como le ocurre al sustantivo sin la acción del adjetivo.

¿Y la ciencia, qué?, preguntará uno de los chavos presentes, ingeniero de profesión. La ciencia, dirás tú, sin darle vueltas al asunto, no pretende modificar a la naturaleza, sino atender sus leyes merced a la observación, el análisis y la comprobación. Llevando este paso casi pruebas que las matemáticas, en esencia y sustancia, sólo aspiran a probarse a sí mismas, pero eso sí dan vida a leyes internas interactuantes en las cosas y sus relaciones. De aquí, pues, expresas (tal vez citando secretamente a Charles Snow) qué tanta carga de creación hay en la teoría de la relatividad como en el Cementerio Marino, de Valéry.- dos formas de interpretar la naturaleza, la modificación y la comprobación.

Cuando llegas a este punto lo justo es que ninguno de tus oyentes haya empezado a dormir. Más de uno te pedirá ampliar los conceptos manados de tu boca. Debido a que las preguntas no son más que formas de la inducción, tú respondes en buena medida cuánto desea saber el preguntón (esto en el mejor de los casos), pero de todas suertes insistes en las teorías que no por ser tuyas dejan de revestir desasosiego.

¿Y el inamistoso domingo, qué? ¿Lo has olvidado? Sí y no; tu comportamiento es el escepticismo. Sabes que lo pasado pasado pero ello no excluye la llegada del siguiente domingo, el cual quizá haya de presentarse más gris aún que un amanecer londinense. Piensas cuánto bien operaría en ti marchar al mar, así sea en camión de pasajeros. Así sea que poses en un hotel de mala muerte rodeado de gente esmerada en anglizar la realidad y mostrarte cómo no eres lo que piensas de ti mismo sino alguien infortunado que paga sus cuentas en pesos (mugrosos se les dice) y no en soberbios dólares. Una voz proveniente de la parte lejana del salón reclama tu atención y escuchas a Magali decir “Madre, yo soy el deseo”. Vuelves a la realidad, a la tuya, a la baja edad media porque al Pronto oyes a la dicente pronunciando palabras que más tarde serían coleccionadas por los estudiosos con el nombre. de canciones de amigo.

En el reclamo hecho a la madre, cuyos mejores años amorosos han pasado, se revierten vinos de Naxos, esos que Darío pide en Azul. La lectora es copa en la cual cae el espumante líquido a partir de las ánforas de Mitilene. Quién sabe cómo le hace la lectora, joven, morena, casi ausente del sueño, para evocar las inscripciones griegas en umas actuales. Tú, como nosotros, es lo probable, le preguntas si conoce autores de la más remota elasticidad y ella responde que no.

¿Mas qué ocurre, querido lector? Nada menos, nada más, que el brumoso domingo ha terminado. Ha sonado la una de la madrugada del día lunes. Las brumas de ayer son obituario del pasado y ahora, lo que se impone, es llamar a vísperas. ¿No lo crees? Y así las cosas, nos pertenece el lecho al cual acudimos en busca de reposo y el sueño viniera con su leve carga, todo resultará más que mejor. Hasta la próxima paciente amigo, y mientras no llega la ocasión dedica tus mejores pensamientos a los maestros Jesús Silva Herzog, Francisco Monterde y Jesús Reyes Heróles, cada uno a su manera escribió su alta página existencias.

Afectuosamente.